

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION
 Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
 Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
 Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Baja de S. Pedro, 30
 Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
 El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
 Madrid: Barquillo, 5.º pral, int.
 -Alicante: S. Francisco, 28. du.º

SUMARIO.

Nuestra opinion.—Estudios sobre la mujer. Sus deberes.—El niño caritativo, poesia.—Pensamientos.—Suscripcion.

NUESTRA OPINION.

Personas á quienes no conocemos, nos escriben muchas veces pidiéndonos consejo para tomar una resolucion en algun acto importante de su vida. Esta confianza que les merecemos, nos es muy satisfactoria, porque á todos nos agrada ser considerados y atendidos, que á nadie le falta una buena dosis de amor propio, y cuando este se ve halagado el hombre disfruta; pero como no hay rosa sin espinas, ni atajo sin trabajo, el buen concepto en que nos tienen algunos libre pensadores, nos ocasiona más de una vez serias cavilaciones; porque el aconsejar con prudencia es lo más difícil, y no conociendo lo bastante al que nos pide consejo, mucho mas. Pero en fin, valga por lo que valga, diremos lo que haríamos encontrándonos en la situacion en que se encuentran dos de los que nos preguntan, sin querer por esto que nuestra opinion les sirva de norte; porque, lo repetimos, cada sér es un mundo, y la determinacion que á uno le puede satisfacer, á otro le hunde en un mar de confusiones, y el hombre siempre debe obrar del modo que mas en armonia esté con su carácter: haciéndolo así, siempre estará satisfecho de sí mismo.

Cada espiritu tiene su modo de progresar; y además, el que comienza á desprenderse de los formalismos religiosos, no puede exigirse que esté tan despreocupado como el que nació racionalista; lo que para uno es una montaña, para el otro es un grano de arena, y no puede exigirse que el cocotero dé rosas, ni el abedul azahar: cada sér ha de producir el fruto segun su adelanto. Nosotros nacimos racionalistas, por eso nuestro consejo siempre será avanzado, porque no tenemos apego á ningun formalismo religioso; y eso que nacimos en una ciudad muy dada á cantos y á funciones de iglesia, donde se celebran las mejores procesiones del mundo cristiano; pero confesamos ingénuamente nuestra rebeldía: jamás nos han impresionado las figuras de los santos ni de las vírgenes; de los símbolos religiosos lo único que nos gustaba en nuestra infancia y aun en nuestra juventud, era la *Cruz de Mayo* adornada con sus blancos cendales, con lazos de cinta de mil colores y rodeada de arcos de follaje.

En los barrios extramuros de Sevilla, en nuestra niñez se acostumbraba á celebrar con gran regocijo el Mes de María, y aquellas capillas improvisadas en una sala del piso bajo, cubierta la pared del testero principal con una colcha blanca ó encarnada, y bajo un arco de verde ciprés, la cruz con todas sus galas, nos parecia entonces la alegoría mas significativa de la historia de la Redencion.

Nuestra imaginacion muy dada á suposiciones en aquella época, creíamos buenamente que todas aquellas flores eran las almas de los mártires que volvian á la tierra convertidas en claveles, en rosas, en lirios y azucenas y se agrupaban ante el madero que les sirvió de patíbulo glorificado por el progreso, santificado por el amor. Desde muy niños nos forjamos una religion en armonia con nuestro sentimiento.

Las admirables esculturas y los magníficos cuadros de los pintores místicos, no consiguieron nunca elevar nuestro pensamiento á Dios, admirábamos á el artista, pero no nos remontábamos al cielo; en cambio una mata de Reseda que viéramos nacer entre las junturas de los ladrillos de un balcon nos encantaba, y las flores amarillas de Jaramago que crecia en los aleros de los tejados nos entusiasmaba de igual manera; siem-

pre hemos amado á Dios en la naturaleza, jamás en los símbolos religiosos. Por esto cuando estudiamos la Filosofía espiritista, aceptamos su credo, principalmente, por juzgar ser innecesaria la vida monástica y contemplativa, y considerar las religiones como etapas de la civilización, útiles en los tiempos que nacieron, y sujetas á reforma como todas las obras de los hombres.

Este ha sido siempre nuestro caballo de batalla: hemos considerado á las religiones puramente humanas, y á la naturaleza esencialmente divina. Por esto hemos adorado á las flores mirando con indiferencia á los santos.—Sentados estos precedentes, diremos nuestra opinion sobre dos asuntos que nos han preguntado últimamente, sin que nuestras palabras abriguen la intencion de herir la susceptibilidad de nadie. Diremos lo que nosotros haríamos en igual caso; esto es todo lo que podemos hacer, porque un consejo mas directo es hasta ineficaz no conociendo á fondo el carácter y las condiciones del que pregunta, pues si bien como verán nuestros lectores en los párrafos de una carta que copiaremos á continuacion se declara racionalista el que la escribe, con todo, para aconsejar se necesita mucho tino. Dice la carta en cuestion:

«Enemigo acérrimo en mis primeros años de la casta sacerdotal, por creerlos (y esto con razon) los constantes enemigos del progreso de la humanidad y de la tranquilidad de las familias, en el año 1874 y á los 19 de edad ingresé en una asociacion anti-cultista, en la que todos los que á ella pertenecemos nos obligamos bajo pena de la vida, á prescindir en absoluto de todos los formalismos religiosos, para lo cual tenemos entregada una carta sin fecha dirigida á la autoridad judicial para que no culpen á nadie de la muerte de cada uno haciendo ver un suicidio espontáneo; con objeto de si alguno falta á lo pactado cojer su carta, ponerle fecha reciente y ejecutarlo la Asociacion, caso que por fortuna hasta hoy no ha llegado, y que desde hace cuatro años que estudié y acepté el Espiritismo, jamás hubiere sancionado; como así lo hice saber á dicho centro, sin embargo de quedar obligado á no infringir mi compromiso bajo la antedicha pena.

»Pues bien; hace 6 ó 7 meses pedí relaciones á una jóven de esta ciudad hija de una familia honradísima aunque muy pobre; y por los antecedentes políticos de todos ellos, lo despejada que ella es, y por haberle oido varias veces ocuparse del clero en la forma que solo lo hacen los que los conocen á fondo, me creí feliz: pero hace tres ó cuatro dias me dijo que á instancias de su madre se habia confesado, y que el dia que llegase nuestro casamiento tendria que ser eclesiástico. V. podrá formarse una idea de mi situacion actual: la pasion que siento por ella es imposible borrarla de mi mente. Aceptar que legalice un cura mi matrimonio además que no entra en mis convicciones, no es posible dados los compromisos por mí contraidos, á los que jamás faltaré porque esto equivaldria á un suicidio premeditado cuyas consecuencias me aterran.

»Por lo tanto le ruego que sirviéndose de estos datos me conteste aconsejándome lo que le sugiera su fecunda imaginacion.»

Hasta aquí es lo mas interesante de la carta, lo demás puede suprimirse. Ahora bien; creemos que en este particular no hay mas que un camino, si nosotros fuéramos el protagonista de esta historia, le diríamos á ella:

«Mujer; sondea bien tu corazon, ¿quién te habla mas alto en él, tu religion ó tu amor? Si te unes á mí sin formalismo religioso, puedes adorar á Dios en la naturaleza, en ese templo maravilloso donde todo es grande, porque todo es eterno; la lámpara que ilumina el santuario de este planeta es el sol; el incienso que perfuma el ara santa es la esencia de todas las flores; el órgano que acompaña sus solemnidades es la tempestad; sus coros lo componen todas las aves, mira si tienes una iglesia anchurosa donde elevar tus preces á Dios. Al unirme á mí sin la intervencion religiosa, tú no dejas de rendir culto al Omnipotente, porque puedes adorarle en espíritu y en verdad. ¿Qué prefieres? seguir la costumbre, la rutina porque no digan tus amigas y conocidos que eres libre pensadora, ó unirme á un hombre que te ama mas que á su propia vida, y que sigue la religion del deber, que es la única religion de origen divino que hay en este mundo?»

Si ella nos queria verdaderamente, si ella sentia esa pasion suprema que deside del porvenir de una mujer, nos diria con decision:

—Seré tu esposa ante la ley porque tú eres mi religion, y venceré todos los obstáculos, porque no hay oposicion de familia que pueda contrarestar la firme voluntad de una mujer que busque su amparo en la ley.

Si en vez de contestar con energía, principiaba á titubear y á decir que no se atrevia á renunciar á la religion de sus padres, que, qué diria el mundo, que hay que respetar la opinion general, la diríamos:—Pues quédate con tu formalismo religioso, que hace mal consorcio con el racionalismo; no debemos fundar una familia bajo tan encontrados sentimientos porque flaquearia en su base; mas vale que los árboles se sequen

antes que den frutos enfermos, y los matrimonios que cada uno tiene distinto credo, los hijos suelen no tener ninguno; y hay que formar la familia con una creencia firme, hay que hacerla deísta racionalista, hay que enseñar á los pequeñitos la verdadera religion.

Perderíamos la mas bella ilusion de nuestra vida ántes que unirnos con una mujer que fuese fanática, porque mas vale estar solo que mal acompañado; y por santa que sea una mujer, cuando la domina el fanatismo, puede hacer la desgracia de su marido sin poderlo ella misma remediar; no es toda de su esposo; podrá darle su cuerpo, pero no su alma; su confianza, sus íntimos temores, sus reconditas alegrías, esas son de su religion, de sus imágenes queridas, de su mentor espiritual. La mujer devota es un sér partido en dos, y su marido es el que tiene la parte mas pequeña de aquella persona que lleva su nombre. Por esto no transigiríamos con una mujer fanática; tenemos en mucho el matrimonio porque es la base de la sociedad; y al unirse dos séres deben mirar detenidamente si los dos se comprenden, si hay afinidad en su pensamiento; y la mujer, si sabe querer aceptar la religion de su marido. Quizá nos digan que á la mujer le exigimos demasiado, que lo mismo puede ceder en ese sentido el hombre. Nó; el progreso nunca retrocede, el libre pensador no puede doblegarse ante la mujer fanática, esta es la que ha de salir del caos de su ignorancia, y si no le es posible, si no tiene bastante fuerza de voluntad, si cree que comete un crimen dejando la religion de sus mayores, porque el adelanto de su espíritu no le permite ver mas, se la deja con sus creencias que todas son dignas de respeto y de consideracion; pero el hombre amante de la luz que no se una á la sombra, porque vivirá mas solo que cuando estaba soltero, y sus hijos serán víctimas del distinto credo de sus padres. Nos argüirán diciendo que la mayoría de los matrimonios la mujer es religiosa y el hombre ateo, y no por esto se hunde la sociedad. mas nosotros decimos que la sociedad no tiene que hundirse porque ya está hundida. En un dia de fiesta, por ejemplo, repárese en el paseo los matrimonios que van juntos. ¡Ay! ¡cuán pocos son! la mayoría de las mujeres van solas con sus hijos mientras el padre de estos en cualquier parte está mejor que junto á su familia, porque el momento que está al lado de su mujer no es mas que para disputar. ¿Y esta es la base social? casarse el hombre, crearse obligaciones, trabajar sin descanso para mantener á una familia que murmura de él en cuanto vuelve la espalda? Nó; el matrimonio es otra cosa, el verdadero matrimonio son dos séres unidos mas por la simpatia del espíritu que por la atraccion de la materia; son dos personas que se asocian para trabajar juntas, para llevar su gota de agua al mar del progreso. Si tienen hijos la madre inculca en ellos la admiracion hácia su padre, y éste les hace ver á los pequeñitos que su madre es la mejor de las mujeres; y las tiernas criaturas van creciendo entre dos grandes sentimientos: el amor á su madre, y la admiracion á su padre. Los ratos que tienen de descanso los verdaderos matrimonios, no hay miedo que la mujer vaya sola á paseo con sus hijos, ni que el marido se los lleve y deje á su esposa en casa como si fuera una criada, nó; los dos irán juntos complaciéndose en ver disfrutar á aquellos tiernos séres que les deben la vida, únicos goces positivos que hay en este mundo, lo demás todo es mentira.

Creemos que los libre pensadores son los llamados á reformar la sociedad, y por esto están obligados á exigir de la mujer á quien den su nombre un profundo racionalismo religioso, un amor grande, capaz del sacrificio, para entre los dos formar una familia digna del adelanto de nuestra época.

Esto es cuanto tenemos que decir en contestacion á la carta que recibimos de un espiritista.

Ahora nos ocuparemos en contestar brevemente á otra misiva que nos envió una mujer libre pensadora. En ella nos decia que viviendo en la mayor miseria, rodeada de muchísimas penalidades, estaba temiendo que llegase el dia de tener que ir á un hospital; y como en estos establecimientos obligan á los enfermos á recibir los últimos sacramentos, nos pedia consejo qué haria en semejante caso.

Si siempre es difícil aconsejar con acierto, creemos que en este asunto lo es mucho mas. Por nuestra parte, en caso de gravísima enfermedad, como creemos que los hospitales son las antecámaras de los cementerios: preferiríamos morir de inanicion antes que entrar en aquellas salas insalubres y someternos al tratamiento alopático que para nosotros es la inquisicion de la medicina y sufrir la tiranía que la religion ejerce sobre las conciencias en esos tristes asilos de la miseria.

A los últimos momentos de la vida le concedemos nosotros grandísima importancia: creemos, (que á ser posible) debe prepararse el espíritu para ese trance supremo con la contemplacion del espacio que es lo que mas nos habla de Dios; y como en los hospitales todo es sombrío, como allí se angustia el alma, el pensamiento no puede elevarse, y para esa hora solemne en la cual el espíritu se despide de su cuerpo, el hombre debe acercarse á Dios todo lo posible y en los hospitales tiene que alejarse de él irremisiblemente.

mente. La miseria, la repugnante prosa de la vida, es incompatible con la abstracción del espíritu.

Hay fracturas de miembros, hay enfermedades vulgares que suelen curarse en los hospitales, pero las calenturas del alma, las tísis de la miseria, no se curan en esos establecimientos sombríos, y morir por morir, es preferible espirar en medio del campo donde todo nos habla de Dios, á exhalar el último suspiro entre las quejas de los unos y las maldiciones de los otros, y por apéndice atormentado con esas ceremonias religiosas que perturban el ánimo de tal modo que el enfermo enloquece y tiembla ante lo desconocido. Esto haríamos nosotros, no entrar en ningún paraje donde el régimen de la casa nos abligase á mentir.

Respetamos todas las religiones, tanto las respetamos que creemos no deben profanarse con actos contrarios á nuestra conciencia.

Sabido es que si en un hospital el enfermo se declara libre pensador sufre horrorosamente, y dá motivo para que los ilusos fanáticos cometan actos de verdadera crueldad como esponer á los enfermos en la calle en el período mas peligroso de su enfermedad, y para evitar sufrimientos de una parte y arbitrariedades de otra lo mejor es no acudir á esos asilos.

Cada Centro espiritista debe tener un fondo para las calamidades. Nos dirán que la mayoría de los espiritistas son pobres y no pueden tener caja de ahorros. Querer es poder. Nosotros hemos visto en Tarrasa como los espiritistas se socorren unos á otros y ninguno de ellos es millonario, lo que se necesita es voluntad firme y buena fé, y amor á su idea. El verdadero espiritista socorrerá á un enfermo, primero, por deber de humanidad; segundo, por rezar un mismo credo; y tercero por amor á su ideal, para que aquel adepto no abjure de sus creencias y digan los ultramontanos:— No hay mas verdad que la nuestra, todos en el momento de morir acuden á nosotros Y esto es lo que es preciso evitar, esas abjuraciones forzosas de la miseria porque no todos los espíritus están dispuestos para ser mártires. El infeliz que agoviado por su dolencia, por la pena de dejar á los suyos y por la miseria que le abrumba, llama á las puertas de un hospital, y al acostarse en una cama, buena á proporción de la suya siente un ligero bienestar, y una hermana de la caridad por un lado y un sacerdote por otro le dicen:—Te has de reconciliar con Dios, ¿qué hará aquel pobre sér? ¿cómo ha de luchar si sabe que si se niega á recibir los sacramentos le arrojarán de aquel lecho y volverá á su tugurio despues de haber sido insultado. Cederá porque es natural que ceda y los que le han dejado abandonado serán muy capaces de decir que ha hecho mal en ceder, que debia haber proclamado su credo. ¡Ah! en tierra firme todos son buenos marinos, pero en medio de las olas es donde hay que ver a los hombres, probablemente los que mas murmuran serian los primeros que enmudecerian, en caso semejante hay pocos espíritus que tengan el valor necesario para arrostrar el martirio.

¡Noble mujer! nos has preguntado que haríamos si nos viéramos en tu situación. Ya lo hemos dicho: si conserváramos la lucidez de nuestra inteligencia preferiríamos morir en medio de la calle á entrar en un hospital donde nos viéramos obligados ó á mentir, ó á luchar desesperadamente, siendo causa de que los fanáticos cometieran nuevos desaciertos.

Creemos que los libre pensadores deben separarse por completo de todos los parajes donde dominan las religiones; conocida su intransigencia y su ignorancia, lo mejor es evitar toda clase de contacto con ellas.

Si en el pueblo donde habitas hay verdaderos espiritistas, no pienses de ir á morir en un hospital, ellos te socorrerán, y si así no lo hicieren compadécelos que son mucho mas pobres que tú. Si te abandonan, si te entregan en tu desesperación á la escuela ultramontana, y cumples con sus ritos, eleva tu pensamiento á Dios y olvida á los que se llamaban tus hermanos, que no merecen tu recuerdo los que no se interesan por sus enfermos, ni entierran á sus muertos.

Desprende tu pensamiento de las miserias humanas, piensa en esa vida infinita que te espera en la cual podrás adquirir virtud y sabiduría; y si caes vencida por las circunstancias, si al parecer olvidas tu credo no te aflijas, la mujer que como tú ha cumplido con todos sus deberes, es respetada en la tierra y bien recibida en el espacio. Tú has hecho todo lo que has podido hacer por sostener tu ideal y el que hace cuanto puede, no está obligado á mas.

¡Espiritistas! ¡agrupaos! pensad menos en los espíritus y mas, mucho mas en los pobres de la tierra; haced caridad auxiliando á los enfermos, para que estos no tengan que hacer abjuraciones forzosas obligados por la miseria.

¡Unios y sereis grandes!

¡Amaos y sereis fuertes!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER.

SUS DEBERES.

En el artículo anterior, dijimos algo sobre la esclavitud en que se hallaba la mujer algunos siglos atrás, y la hermosa libertad que hoy comienza á alborear para ella en el anchuroso espacio de la lógica, especie de horizonte sin nubes donde el pensamiento avanza en su rápida carrera para columpiarse entre los bellos ideales que acaricia: también emitimos nuestro parecer, manifestando se instruyera lo mejor posible, para ser una buena institutriz de sus hijos; pero amantes siempre de unificar la virtud con la ilustración, porque estos dos elementos constituyen la base principal de la armonía social, vamos á trazar sus principales deberes, como adolescente, como esposa, como madre y como anciana.

Por regla general en la mujer, se opera una gran metamorfosis cuando sale de la niñez: sus pensamientos, vírgenes aún, van evaporándose del santuario de su conciencia, como el aromoso perfume de las primeras flores del Estío; y en ese estado juvenil y cuando todo aún sonríe con la pureza del alma, porque el miserable lodo de la Tierra no ha tenido tiempo de mancharlo, ni el dolor con su ardiente lava de consumirlo, todo tiene para la adulta un color bellissimo y fascinador; pues nada hay tan encantador como las risueñas esperanzas de esa edad en que aún no se comprende el peso de las miserias humanas, estado puro que, á poderlo conservar la mujer en medio de las luchas de la vida, haría de ella una joya de inapreciable valor; mas como por ley natural todo sigue su curso de transformación, á las esperanzas, suceden los desengaños; á estos, el dolor; al dolor, el llanto; y tras éste, las sonrisas se extinguen como la duda ante la realidad de la cosa.

Estas duras alternativas, sacan á la adolescente del semiparaiso de sus ilusiones, para someterla al estado de reflexion; etapa tan peligrosa ó mas que la anterior, porque entonces, la mujer comienza á hacer el exámen crítico de su situacion; y si su primera educacion lo ha sido buena, tal y como corresponde á su sexo, el exámen se hace mal, los principales deberes no se comprenden en toda su latitud, y los desaciertos entonces, á más de ser innumerables, son de tan mala condicion, que convierten á la mujer en un esqueleto inútil para nuestros dias.

De ese exámen al parecer insignificante, del cual la mayoría de nuestro sexo no hace gran caso, resulta una diferencia notable, puesto que á él van ligados todos los actos de la mujer, ya buenos ó malos, en los distintos estados que ocupa en su existencia.

Sabido es que la buena educacion que se inculca en la infancia, es sin duda la que va reglamentando á las demás edades, y la que contribuye en un todo á que, la mujer cuando sale de su adolescencia para entrar en la plenitud de su mision, en esa realidad de las miserias humanas donde se tropieza con toda clase de escollos para poner á prueba las fuerzas morales del espíritu, marche con paso firme por la senda de sus deberes; pero como desgraciadamente á la generalidad de las mujeres les falta tan preciosa base, sucede que, mientras niñas, viven rodeadas de inocentes caprichos que los padres pasan por alto por creerlos naturales en esa edad; pero que al haberlos dejado arraigar en la infancia, crecen en la adolescente, se agigantan en la mujer, y se extienden como una epidemia á la familia; y como es consiguiente, al llegar á la ancianidad, prevalecen los mismos caprichos, porque jamás se han tratado de corregir.

Ahora bien; el capricho de la niña, es la ignorancia de la adolescente, porque no la han preparado ni advertido de los defectos que debia despojarse: pues la adolescencia es el curso preparatorio donde la mujer debe estudiar con detenimiento todo lo concerniente á su gran mision; y esa misma ignorancia se convierte despues en la gran frivolidad de la esposa y de la madre que causa mil desaciertos; y cuando esta llega á la ancianidad, solo inspira el desprecio á la familia, porque esta no puede respetar á la que solo ha inoculado con su poco tacto la constante desarmonía del hogar; siendo así que, á esa edad, si la mujer es digna y discreta, causa admiracion y respeto, por ser la que representa á la obrera infatigable del progreso, que ha cumplido exactamente con sus deberes de hija, esposa, madre ó amiga; y que siempre la mujer, si quiere, puede demostrar lo valiosa que es su mision por todos conceptos.

Mas como hemos dicho antes, la mujer, por ley natural, pasa como todo por las distintas fases de su existencia; pero, generalmente, las pasa por costumbre, sin fijarse en que cada transicion de estado, la coloca en un sitio más peligroso y, por consiguiente, de más responsabilidad; pues si la adolescente estudia, la esposa, debe ser prudente observadora; la madre, escrupulosa analizadora de todos sus actos, ya que ellos son el espejo

fiel de donde la familia copia constantemente; y la anciana, la gran moralista de la sociedad, que la redima con sus elevados consejos.

La adolescente, se asemeja á los pálidos rayos de un Sol naciente que apenas se percibe su calor; la esposa, ya difunde el sacro santo fuego del amor; la madre, lo engrandece y lo sublima; y la anciana, despues de haber esparcido sus fulgores, se va eclipsando de la Tierra para reaparecer más tarde en otros lugares predilectos de más luz, donde ciertamente recogerá el fruto de su noble y santa mision.

La adolescente que no respeta á sus padres, ni tolera sus impertinencias, ni cubre sus defectos de un modo digno, ni procura complacerles pagando con cariño y gratitud sus desvelos, como asimismo la que ambiciona un lujo que no está á la altura de su posicion, falta á sus deberes de hija obediente, humilde, sencilla y laboriosa; y por lo tanto, una jóven así, es una flor inodora que, en vez de exhalar sus primeros perfumes para hacer más agradable la existencia de sus padres, solo muestra una belleza incorrecta que no atrae sino que aleja, toda vez que la faltan los dulces eflúvios del alma tan puros en esa hermosa edad.

La esposa que quiere imponerse á su compañero de un modo innoble y pretencioso; la que no trata de estudiar el carácter de su esposo para complacerle en todo aquello que sea lícito y evitar disgustos; la que descuida ciertas pequeneces de la vida íntima que forman entre los dos consortes una atmósfera pesada; la que sustituye á la actividad con la indolencia; la que no es constante en conservar el amor conyugal, cuyo lazo une á los seres eternamente; y la que pregona por todas partes las debilidades de su esposo, sin cuidar de corregirse las suyas, falta por completo á los deberes de una buena esposa; puesto que en vez de dar ejemplo de cariño y discrecion á su amigo y compañero, solo se lo dá de imprudente, ignorante y veleidosa: la buena esposa, cuando reconviene á su esposo, solo lo hace con un motivo fundado, buscando para ello un momento oportuno, al objeto de herirle lo menos posible: pues para todo se necesita tacto en la vida, pero para reconvenir al hombre que, por lo regular, peca de absoluto, hay que buscar un método especial, y este es, el amor y la moralidad. Ante estos dos elementos, el hombre, se ve vencido; porque la fuerza moral de la mujer, es el magnetismo poderoso que más le domina; y el amor, la brisa bienhechora que dilata sus afectos y le hace reflexionar más cuerdamente. Así es, que la buena esposa, es aquella que, con su dignidad y cariño, presenta á su esposo un cuadro acabado de sus principales deberes, ante el cual, si el esposo ha cumplido tambien como bueno, se sonríe de placer; y si ha obrado en sentido opuesto, se avergüenza de sí mismo; siendo este el medio más fácil para hacerle variar de conducta, que reprenderle ágríamente por sus defectos y dar publicidad de ellos.

La madre de familia, tiene mayor responsabilidad que ninguna, toda vez que, sus deberes, se relacionan con sus hijos, constituyendo cada uno de estos una familia distinta; y por esta razon, la educacion de ellos, reclama de la madre un trabajo asídúo y esmerado, ya que ella es la que forma su corazon, la que desarrolla sus sentimientos y la que despeja su inteligencia. La madre que da á sus hijos el pan material y descuida el alimento moral seguido de una lógica instruccion; la que confía esa misma educacion á monjas ó frailes que no comprenden lo que es la familia, por que huyen de ella como de una imperfeccion; la que les tolera todos sus defectos como una gracia propia de la infancia; la que publica las faltas del padre delante de los hijos; la que los abandona por cubrir su honra ante el mundo; la que, si por desgracia tiene un mal esposo, inculca á sus hijos el odio hácia él; y la que por un exceso de cariño mal entendido, los acostumbra á un lujo que no puede sufragar muchas veces, porque su situacion no se lo permite, falta muy mucho á sus deberes de madre discreta; puesto que la madre prudente debe acostumbrar á la familia no al lujo desmedido, sino á la sencillez; no al desorden, sino al orden, á la economía bien entendida y á todo aquello más metódico, para que, esas rudas alternativas por las que con tanta frecuencia nos vemos en la vida, se puedan sobrellevar con santa resignacion y esperar otra época más favorable, antes que desesperarse, como sucede cuando se les acostumbra al desarreglo y á lo supérfluo.

¡Es la madre tan responsable de estos actos, es tan delicado este cargo, que, á reflexionarlo bien, no deberia tomar estado hasta hallarse completamente instruida en tan sagrados deberes!

La madre, debe estudiar siempre, porque la educacion de la familia no es rutinaria ni se estaciona, sino que á medida que la civilizacion avanza, ella tambien necesita más elementos de cultura para amoldarse al progreso que rige.

La madre, es la figura más hermosa que existe en la Tierra, porque donde está la buena madre, está lo poético, lo grande y lo sublime.

La mujer en este estado, es el hálito vivificador de la familia, el arca sagrada donde

guarda sus más puros afectos, y el frondoso oasis que brinda al reposo y á la calma del hogar.

La madre que llega á comprender lo esencial de sus deberes, la que sabe dividir entre el amor y la justicia lo que á cada uno de los dos corresponde, es la imágen del progreso que difunde luz en todas direcciones y se sostiene siempre á la altura que la pertenece.

Sigamos á la mujer pensadora en todos sus pasos, y si cuando niña nos muestra su inocente travesura, asemejándose á la inquieta mariposa que no fija su asiento en parte alguna, en la adolescencia, cual la tierna y constante golondrina que no olvida jamás el nido de su amor, se la ve suspirar por las dulces horas de su infancia y extender su hermosa fantasia por la celeste anchura, como para recojer algo de los secretos miríficos que allí guarda la sapientísima mano del Criador; despues, cuando la reflexion le muestra su delicada posicion ante la sociedad, se para á contemplar las miserias humanas, se abre paso ante la filosofia de la razon, escudriña á la mujer en todos sus estados y, al verla en tan malas condiciones, comprende que hay hijas, esposas y madres que no merecen el nombre de tales, ya que todas obran de un modo distinto á como debieran; pues, muchas veces, la hija manda y la madre obedece, ó bien la madre se convierte en déspota y la hija en miserable esclava, ó en terrible enemiga de la que la dió el ser; la esposa, parece que se inspira de un modo tan fatal, que casi siempre hace todo aquello que puede producir más desarmonía entre el matrimonio; y que, así sucesivamente, todo se involucra, todo se coge por los extremos, y nunca se busca ese término medio que es el gran regulador de las pasiones.

Esta mujer, pasa á ser esposa y despues madre, y, en su sed de progreso, va purificando sus deberes y los vá ajustando á la más severa rectitud de su conciencia, porque no quiere incurrir en los errores que á cada paso cometen sus compañeras, sino que procura presentarlas un buen modelo, para que copien de él exactamente toda la perfeccion posible en el cumplimiento de sus deberes; y de este modo, siguiendo su peregrinacion y desempeñando su hermosa tarea, la mujer pensadora es la que se abre paso ante la moderna civilizacion, y la que, cuando llega á la ancianidad, sirve de clara antorcha á cuantos la rodean; puesto que en su venerable rostro, lleva el sello de una gran mision, analizada por la experiencia de una larga existencia, y ejecutada con la lógica de su buen criterio.

Una anciana, debe ser un volúmen filosófico donde las jóvenes aprendan siempre sus principales deberes; porque la anciana que de su mirada no despida rayos de ilustracion natural, de esa filosofia que se crea con los años y que en todas ocasiones dá luz á los pequeñitos; la que al irse de la Tierra no deja á sus parientes ó amigos, una máxima que quede fotografiada en sus almas ó algo que les dé á comprender lo utilísima que es la existencia de la mujer en la Tierra cuando sabe cumplir como buena, ciertamente que será un pobre sér que no pensó nunca como debia, que vino ignorante y se marchó idiota, y que, si fué madre, asesinó moralmente á sus hijos y los enseñó inconscientemente á que ellos hicieran lo propio con los suyos.

En todos los estados, puede la mujer ser grande; y aún cuando permanezca soltera toda su existencia, tambien puede ejercer la sublime mision de madre; pues madre útil es, la mujer que toma á su cargo la instruccion de las niñas y procura educarlas moral y materialmente hasta allí donde sus conocimientos alcancen; madre es asimismo, la que cuida con cariño á los enfermos, porque les hace mas ligera su enfermedad; la huérfana de mayor edad que se constituye en tutora de sus hermanos menores; la que tolera las impertinencias naturales de la ancianidad; la que consuela al afligido; la que ama á los pequeñitos y los aconseja bien; y la que siempre está dispuesta á sacrificarse por sus semejantes, aliviando los males del alma y del cuerpo.

Cuando la mujer obra así; cuando en cualquier estado en que se halle, esparce los perfumes de su alma; cuando piensa, analiza y sabe convertirse en ángel de la Tierra, ciertamente que su hermosa frente, coronada de blancos rizos, infundirá respeto y admiracion al mundo civilizado, ya que estos sintetizarán siempre la sublimidad de una gran mision y la esencia de los principales deberes de la mujer, que consiste, en que sepa ser madre en todas ocasiones; puesto que las BUENAS MADRES, son los mejores ángeles de la Tierra.

CÁNDIDA SANZ

Gracia.

El niño caritativo.

Llegaron los exámenes: Raimundo
Sobre todos quedó sobresaliente:
Niño bueno, estudioso y excelente,
Recibió el parabien de todo el mundo.

Su padre transportado
De gozo, así le dijo:
—Como un hombre Raimundo te has portado:

Y la madre, llorando, lo bendijo
Entre abrazos y besos:
—Te tengo un velocípedo ofrecido:
Aquí están los diez pesos:
Cuando salga tu padre, hijo querido,
A comprarlo, con él marcharás junto,

—Pues á traerlo al punto,
Exclamó el caballero:
Solamente, Raimundo, que primero
Al hospital iremos un instante:
Tengo que visitar á un pobre amigo.....

—
Pasaron adelante.....
Fué Raimundo testigo

De un cuadro tan sombrío y lastimoso,
Tantos males sus ojos contemplaron,
Que de ellos las lágrimas saltaron
Y sintió el corazón latir penoso.

—Papá, dijo, me abruma
La desgracia que veo:
Yo repartir deseo

Entre esos infelices esta suma:—
Compraré el velocípedo despues.....
—Esa accion, hijo mio, santa es.—
Repartió los diez pesos el buen niño
Entre los pobres lleno de contento:
Lloró el padre de gozo y su cariño
Se aumentó por tan noble sentimiento.

—
Rebosando el placer el mas profundo,
Aquella tarde en el jardin rodaba
Sobre un gran velocípedo Raimundo
Y su madre feliz lo contemplaba

—
¡Sin caridad no hay dicha en este mundo!

R.

—
PENSAMIENTOS.
—

La mujer soporta mejor el dolor que el hombre.—*Dr. Descuret.*
Siempre habrá cosas nuevas que decir de las mujeres, mientras queda una sola en la tierra.—*Anónimo.*

Una mirada, una palabra, una seña, una sonrisa de una mujer dan al traste con toda la ciencia del hombre.

Las mujeres están naturalmente mejor dotadas que nosotros, y saben desde sus primeros años más de lo que llegamos á aprender los hombres en todo el curso de nuestra vida. Lo único que deben hacer es dejarse guiar por sus instintos, que son seguros y generosos.

Las mujeres solo se engañan cuando reflexionan.—*Alfonso Karr.*

La mujer paga siempre todos los desmanes del hombre.—*Roque Bárcia.*

El amor acepta á la razon como médico, pero no como consejera.

La templanza es moza agradable.

La mujer amada está más dispuesta á dejarse convencer, que á mostrarse convencida.

Es mas fácil contar los átomos de un rayo de sol, que satisfacer las preguntas de un amante.—*Shakespeare.*

La sociedad depende de las mugeres.

Los pueblos que tienen la desgracia de encerrarlas son miserables.—*Voltaire.*

Parece que la naturaleza ha colocado á la mujer entre los hombres para fortalecer las extremidades de la cadena social, la infancia y la vejez.—*Bernardino de Saint Pierre.*

Los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres.—*Conde de Segur.*

Tener hijos solo cuesta trabajo y dolor; pero el gran honor es formar hombres y esto lo hacen mejor las mujeres que nosotros.—*J. de Maistre.*

—
SUSCRICION á favor de la familia mas desgraciada que resulte de la catástrofe ocurrida en la fábrica de los Sres. Morell y Murillo en la calle de Amalia.

Suma anterior, 55'50 pesetas.—De los espiritistas de Gerona, 10 id.—De Málaga, 1'50 id.—De Huesca, 4 id.—De Cristian Málaga, 5 id.—Total, 76 pesetas.

—
Para la familia de Ciudad Real:—De Urrera de Gallego, 5 pesetas.

—
SAN MARTIN DE PROVENSALS:—Imprenta de Juan Torrents, Triunfo, 4.